

Hacia una alianza social mesoamericana.

Bartra, Armando.

Cita:

Bartra, Armando (2001). *Hacia una alianza social mesoamericana*. *El Cotidiano*, 18 (10), 7-20.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/armando.bartra/19>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pCd2/ePv>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.



El Cotidiano

ISSN: 0186-1840

cotid@correo.azc.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Azcapotzalco

México

Bartra, Armando

Hacia una alianza social mesoamericana

El Cotidiano, vol. 18, núm. 110, noviembre-diciembre, 2001, pp. 7-20

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32511002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Hacia una alianza social mesoamericana

Armando Bartra*

Sur es el planeta profundo, bautizado y acotado por un Norte expansivo y colonizador que, de arranque, definió el arriba y el abajo del mapamundi. Sur es un concepto geográfico pero también simbólico. Una alegoría que enlaza naturaleza pródiga con indigencia social, vegetación opulenta y lujuriosa con humanidad inerte, perezosa, incontinente, bárbara... Que asocia el sol canicular con el ánimo bullicioso, con la liberación de los impulsos reprimidos, con el lado femenino y desfajado, con la imaginación y el sueño, con el inconsciente, con la revolución, con la utopía.

El fetichismo de la cartografía

El Sur americano, y en particular su amplia franja equinoccial, es el subcontinente rural y campesino, la América de los indios y los negros, la periferia por antonomasia. Pese a que desde hace rato los presidentes de nuestra República sueñan en inglés, el Sur todavía empieza en el río Bravo; pero el México equinoccial y Centroamérica son el sur del sur: el subdesarrollo subdesarrollado. Algunos piensan que se trata de un ámbito marginal, un arrabal incómodo y prescindible en un mundo cada vez más norteado y excluyente donde hasta la agricultura que cuenta es primermundista y el grueso del comercio fluye entre países industrializados. Y es que el contraste es dramático: Estados Unidos, con 260 millones de habitantes, produce el 77% del producto interno bruto continental, mientras que América Latina, con 500 millones, genera apenas el 33%. Dicho de

otra manera, las dos terceras partes iberoamericanas de la población producimos sólo una tercera parte del PIB. Y no andamos tan mal, pues todo en el planeta tres cuartas partes de la población apenas generan la tercera parte del PIB.

Sin embargo, la presunción de que la cintura del continente es irrelevante para el capital no se sostiene. Además de agroexportadora de cultivos de plantación —el proverbial banano y sus semejantes—, la zona resultó escondrijo de recursos estratégicos: petróleo, gas natural y minerales no metálicos, mantos de valiosa agua subterránea y ríos de alto potencial hidroeléctrico, bosques maderables pero también generadores de los llamados servicios ambientales, potencial pesquero de agua dulce y salada. Y, por sobre todo biodiversidad, profusión de flora, fauna y microorganismos, con frecuencia endémicos, de interés creciente para la pujante ingeniería genética y de importancia decisiva para el gran capital, dada la progresiva biologización de la actividad productiva. A esto hay que agregar que, por naturaleza e historia, mesoamérica y el Caribe son

* Investigador.

ámbitos de privilegio para los servicios turísticos. Pero más allá de sus recursos naturales y culturales, por su ubicación geográfica el Istmo es insoslayable corredor del ingente comercio que fluye de la Costa Este de Estados Unidos al Pacífico buscando rutas que esquiven Los Apalaches y Las Rocosas. Por último, subempleada y a la intemperie, la mano de obra mesoamericana resulta muy atractiva a un capital que segmenta los procesos productivos desperdigándolos por todo el planeta.

La América de en medio ofrece una extensa y seductora variedad de posibles rentas: recursos escasos del subsuelo y de la biosfera; clima, paisaje, cultura e historia comerciables; ubicación estratégica para el mercadeo; sobrepoblación relativa que abarata el trabajo, y por último, que no al final, gobiernos solícitos. Como al capital le interesan las rentas de monopolio más que las posibilidades de inversión competitiva, es previsible que mesoamérica devenga, otra vez, escenario de pugnas entre los piratas y corsarios del gran dinero. Algunos dirán que esto es mejor que el éxodo hacia el norte derivado de la insuficiencia de inversión y empleo; pero no, porque la nueva colonización amenaza con ser tan desalmada y expoliadora como las anteriores. Sin duda la región necesita desarrollo, lo que no se logra incorporándola sin más a la globalización realmente existente.

Si queremos un futuro habitable para mesoamérica, de arranque necesitamos repensar la relación entre el Norte y el Sur, poner en cuestión la arcaica metáfora del centro y la periferia. El modelo concéntrico del mundo, que concibe el progreso planetario como obra de sucesivas oleadas civilizatorias provenientes de unos cuantos polos metropolitanos, está en crisis. La modernidad que deseamos no es la que se difunde desde un centro, como las hondas que provoca en el estanque la caída de una piedra. Proverbial ámbito de descubrimiento y colonización, el Sur viene de regreso. Y no se trata sólo del multitudinario éxodo sudaca que fluye a contrapelo de las viejas migraciones, se trata también de la colonización de los imaginarios nortehños por la cultura tercermundista, del cerco espiritual a las metrópolis por un Sur que exporta paradigmas y utopías como antes exportaba grana, cochinilla y maderas preciosas.

Pero tampoco se trata de invertir la metáfora y voltear el mapamundi. El reto de la globalización alternativa es erradicar las hegemonías y el pensamiento único; es concebir y edificar un mundo descentrado o multicéntrico, al modo del estanque acribillado por la lluvia donde se cruzan incontables ondulaciones. Y para transformar la globalidad hegemónica en una red de redes, es necesario subvertir ideas rancias. Por ejemplo, la de que así como hay hombres centrales y modernos, otros somos periféricos y anacrónicos, es decir, que el mundo se divide en los privilegiados del Norte que viven en el presente y los desahuciados del Sur que habitamos el pasado, cuando lo cierto es que en el tiempo de la comunicación instantánea y los éxodos planetarios, todos somos rigurosamente contemporáneos. Tampoco se sostiene el modelo social dualista, empleado como cortada para desafanarse de la miseria extramuros; en tiempos de mundialización, las abismales desigualdades no pueden endosarse a un más allá premoderno: son desgarramientos entrañables, intrínsecos al mercantilismo realmente existente; en la casa de cristal del mundo globalizado el dentro y el fuera pierden sentido y si no hay exterioridad tampoco reservaciones preburguesas ni periferias subcapitalistas. Hoy por hoy todos somos simultáneos y centrales, contemporáneos rigurosos que entramos al nuevo milenio el mismo día y caminando juntos. En el mundo de la absoluta interioridad, o nos salvamos todos o no se salva ni Dios. Otra idea a desechar es el socorrido prejuicio de que la economía es dura y la sociedad blanda, de modo que las aspiraciones humanas deben plegarse al inapelable fallo del mercado. Es más, piensan algunos, si el mercado ha de proveer, las aspiraciones humanas salen sobrando. Lo cierto es que en la centuria pasada imperó la desalmada economía, que tocándonos a nosotros domesticar producción y circulación, haciendo del XXI el siglo de la sociedad.

Para jubilar estos dogmas no dispongo de acabados paradigmas alternos ni sistemas conceptuales definitivos, que si acaso algunas intuiciones provisorias espero basten para el presente trabajo: —un ensayo—, que pretende confrontar la nueva colonización, agazapada tras megaproyectos como el Plan Puebla-Panamá (PPP) y su porción mexicana, el Plan Sur-Sureste (PSS), con las experiencias autonómi-



FOTO: MARCO A. CORTÉS OLIVOS

cas y autogestionarias desarrolladas en la región; que busca contraponer el mundo de arriba con el mundo de abajo, las pesadillas norteñas con los sueños guajiros, la globalidad hegemónica con las tercas utopías tropicales. Afortunadamente, no se trata de escenificar un choque de fundamentalismos, ni pretendo cuestionar el integrista neoliberal con ideas de otro signo pero igualmente dogmáticas. Mi estrategia consiste en confrontar el modelo globalizador dominante con opciones edificadas por los propios productores. Porque el mentís más categórico a los profetas del libre mercado, no son tanto los contraproyectos de escritorio como las alternativas societarias hechas a mano. Opciones que están en todas partes, pero que en el caso mexicano han tenido un despliegue excepcional en el movimiento autonómico indígena y en las organizaciones de los pequeños productores, particularmente los cosechadores de café. Así, en los últimos capítulos intentaré demostrar que, emancipadas del yugo externo y de sus propios demonios, las comunidades indígenas prefiguran formas de convivencia solidarias habitables por todos, y que las redes de modestos huerteros, que a veces se extienden hasta los consumidores primermundistas, son laboratorios de economía moral. La hipótesis de trabajo es que la cons-

trucción social de la experiencia, y en particular la invención práctica y colectiva de modelos virtuosos de producción y circulación, es el terreno donde las ideas neoliberales pueden ser derrotadas, pero también el ámbito donde se está conformando la fuerza social capaz de frenar la globalidad excluyente y construir un orden habitable.

Nueva colonización

Las grandes áreas del continente están acotadas por acuerdos económicos, cartas de garantías para el capital que intensifican las interdependencias mercantiles y financieras: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el Mercosur, el Pacto Andino y en el futuro el Área de Libre Comercio de las Américas, que comenzó a discutirse en 1994 y se ha fijado como plazo de formalización el 2005. En este contexto, los tratados entre países centroamericanos, como los que México firmó con Costa Rica (1995) y con Nicaragua (1997), el que se acordó entre México, Guatemala, El Salvador y Honduras (2000), y los que negocia México con Belice y con Panamá, son asuntos menores y subordinados a la lógica del inmi-

nente ALCA. Sin embargo, el PPP y su parte mexicana, el PSS, pese a no ser convenios comerciales sino planes de desarrollo con óptica regional y transfronteriza en vez de nacional y sectorial, también son relevantes, pues por su ubicación ístmica y sus recursos bióticos, hídricos y petroleros, la zona es de importancia estratégica. Pero para quienes asumimos el desafío a ras de tierra y en perspectiva no gubernamental, son consideraciones sociopolíticas las que hacen promisorias a la región, pues Centroamérica ha sido y es un área de intensa experimentación societaria, y sus pueblos comparten historia, cultura e identidad en mayor medida que los de otros ámbitos americanos. Por ello, más allá de los megaproyectos cupulares, es posible y necesario pensar en una alianza social mesoamericana, una convergencia multinacional desde abajo que dé respuesta a los retos de la globalización perversa. Esta es la apuesta del presente ensayo.

Formada por Panamá, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Belice, y los estados mexicanos de Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Guerrero, Puebla y Veracruz, la región se extiende sobre ciento dos millones de hectáreas, donde habitan sesenta y cuatro millones de personas, de las cuales casi el la mitad vive en el campo, alrededor del 40% trabaja en la agricultura y el 18% es indígena. Pero la más destacable y compartida señal de identidad son las carencias económicas, pues el ingreso *per capita* regional es aproximadamente la mitad del latinoamericano, de por sí bajo. El hecho es que más del sesenta por ciento de los mesoamericanos son muy pobres: miserables en medio de una alucinante riqueza biológica: 1,797 especies de mamíferos, 4,153 de aves, 1,882 de reptiles, 944 de anfibios, 1,132 de peces, 75,861 de plantas, e incontables microorganismos, configuran un opulento corredor biológico en proceso de formalización internacional. Por el momento, más del diez por ciento de la superficie, 11.9 millones de hectáreas, conforman 366 Áreas Protegidas, superficie de la cual el 45% corresponde a México y el 55 al resto de los países centroamericanos. Sin embargo, tanto la flora como la fauna son depredadas para la venta ilegal de mamíferos y reptiles —vivos y pieles— así como de plantas, sobre todo orquídeas. El bosque se pierde aceleradamente: 11 millones de hectáreas entre

1992 y 1996. Deforestación que es particularmente grave en la porción mexicana: en 1960, la Selva Lacandona tenía 1.5 millones de hectáreas arboladas y 12 mil habitantes, hoy le quedan 325 mil hectáreas con árboles pero la ocupan 215 mil habitantes. Esta riqueza biológica es posible, entre otras cosas, por la abundancia de agua dulce, que en sí misma es un recurso estratégico: en Nicaragua, Costa Rica y Panamá, las precipitaciones son altísimas y hay extensos mantos acuíferos subterráneos: en metros cúbicos de agua por habitante, Belice tiene 66,470, Panamá 51,616, Nicaragua 32,484, Costa Rica 27,936, Honduras 14,818, Guatemala 11,805, México 4,136 y El Salvador 2,820.

En lo tocante a la actividad económica extrovertida, si ponemos aparte el petróleo mexicano y la producción industrial en estados como Puebla y, en menor medida, Costa Rica, la zona es abrumadoramente agroexportadora. Renglón donde destacan el café, que prácticamente todos los países de ahí producen; el azúcar, que es importante para México, Guatemala, Belice, Honduras y Nicaragua; el plátano, relevante para Costa Rica y México, y la carne, que comercializan Panamá, Costa Rica, Nicaragua y México. Las exportaciones de pescados y mariscos son significativas para Honduras, Nicaragua y Panamá. Recientemente, se han establecido en mesoamérica vertiginosas plantaciones forestales; México sólo dispone de 60,700 hectáreas de bosques artificiales, mientras que la mayor parte, 256,650, corresponden al resto de los países centroamericanos, particularmente a Costa Rica y Guatemala. Otra actividad importante volcada al exterior es el turismo, pues llegan a la región alrededor de 5 millones de visitantes al año. Sin embargo, la presunta ventaja comparativa de zona es su maldición, pues en los últimos años han caído los precios de los productos agrícolas tropicales, ocasionando un déficit de 23,600 millones de dólares, apenas compensado por las inversiones extranjeras directas y los créditos.

La debacle cafetalera resultante de dos abismales caídas de precios (una entre los ochenta y los noventa y la otra entre los noventa y el nuevo milenio) documenta el drama de la agroexportación en una región donde el cultivo del grano aromático emplea a un mi-

llón y medio de trabajadores, ocupando en Guatemala a 700 mil personas, el 20% de la PEA; en Nicaragua 280 mil, 17% de la PEA; 200 mil en Costa Rica; 135 mil en El Salvador; 11 mil en Honduras. A mediados de los noventa, los ingresos cafetaleros centroamericanos eran de casi dos mil millones de dólares, para el 2001 fueron menos de mil millones, pese a que se han mantenido los volúmenes de exportación. En Nicaragua, por ejemplo, donde la crisis del aromático se combinó con una sequía que arruinó los cultivos de alimentos, los despedidos de las fincas se refugiaron en Matagalpa, donde dormían en una bodega abandonada y se alimentaban de raíces y frutas silvestres.

En cuanto a la economía introvertida, los mesoamericanos somos hombres de maíz. Cultivo ancestral que se practica sobre cinco millones trescientas mil hectáreas, donde anualmente se cosechan unos diez millones de toneladas del grano, que con algo más de medio millón de toneladas de frijol, constituyen nuestra dieta básica. Aun así, los pueblos de la América de en medio viven en vilo, al borde del desastre: cuando no caen los precios del café, el azúcar o el banano, sofocan a la región sequías como la de 1994 o la sacuden huracanes con nombres en inglés como *Lily*, *George* y *Mitch*.

Aunque también entre los mesoamericanos hay clases y mientras que Costa Rica y Panamá tienen un ingreso *per capita* promedio de entre 6,500 y 7,000 dólares anuales, en Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala el ingreso medio es de entre 2,000 y 3,000 dólares. En México, este indicador rebasa los 8 000 dólares, pero la distribución del ingreso es tan extremosa que nuestros índices de pobreza son mayores que los de Costa Rica y Panamá. La relación comercial entre México y los países de Centroamérica es profundamente asimétrica: por cada dólar en mercancías que las siete economías ístmicas exportan a México, importan bienes de ese país por cuatro dólares. Así, en el 2000 las exportaciones mexicanas a Centroamérica fueron de 1,690 millones de dólares y las importaciones de sólo 453, arrojando un superávit de 1,131 millones de dólares a favor del primero. Por otra parte, para México esta relación comercial es poco relevante, pues por cada dólar de exportaciones

que envía a los siete vecinos del sur, factura 11 a los dos socios del norte, y en cuanto a las importaciones mexicanas, el porcentaje de origen centroamericano es insignificante. Las economías de los países pobres miran hacia arriba y la articulación entre Mesoamérica y Norteamérica, con México como gozne, confirma la aseveración. Pero si México se mundializa económicamente hacia el norte, socialmente está englobado en el sur.

Conforme nos alejamos de Estados Unidos, adentrándonos en la América equinoccial, aumenta la temperatura, bulle la vegetación, menudean los baches y se encona la pobreza. Un buen indicador de este descenso en los infiernos sociales es el jornal. Un hombre no vale lo mismo en el Norte que en el Sur. El salario mínimo por hora en EEUU es de 5.15 dólares, mientras que en México es de 35 centavos de dólar, catorce veces menos, aunque en el caso de los sueldos industriales la diferencia es de *solamente* el mil por ciento. Pero estas son engañosas medias nacionales, y el Sur es sobre todo campo, ámbito donde las remuneraciones son aun más bajas pues el 70% de los ocupados gana menos del salario mínimo. El ejemplo más dramático de salarios diferenciales lo encontramos en las maquiladoras: trabajar en una fábrica de capital, maquinaria y materia prima estadounidenses, y cuya producción se destina a EEUU, pero que está ubicada del lado sur de la frontera, significa ganar en pesos diez veces menos que si se trabajara en *el gabacho*; pero esto no es todo, pues en las maquiladoras del centro del país pagan 10% menos que en las del norte, 40% menos en las del sureste mexicano y en las de Centroamérica menos aún, pues hay que competir con los 25 o 30 centavos de dólar la hora que acepta la mano de obra china. Y si los salarios bajan con la latitud, los trabajadores remontan el continente rumbo al norte. Es la ley del mercado, que no puede ser bloqueada por la cruenta Línea Maginot en que se ha transformado la frontera entre México y Estados Unidos.

Pero aun entre los damnificados del sur hay diferencias. En cuanto a la edad, a las nuevas generaciones les toca la peor parte: en México y el resto de Centroamérica, los jóvenes son el 20% de la población, pero más de la mitad de los desempleados. En lo tocante al género, a las mujeres les va como en feria, pues

la proverbial doble jornada se está volviendo triple: en México los hombres del campo emigran en mayor proporción (15% más) y se feminiza el agro. Así, hoy tenemos 600 mil ejidatarias, cuando en 1970 eran sólo 31 mil; y de los 11 millones de campesinas, todas cumplen su jornada doméstica, pero la mayoría labora también al jornal, en el comercio, en la parcela o en la artesanía, en jornadas de hasta 18 horas; y cuando la ocupación es retribuida, a ellas se les paga 25% menos que a los varones, por igual trabajo. Si de etnia se trata, la Encuesta Nacional de Empleo nos muestra que los indios mexicanos se agolpan en la franja más depauperada del espectro social: 95% son pobres y 80% indigentes, además, el 93% de los empleados gana menos de dos salarios mínimos, pero aun en iguales condiciones los indios sufren más que los mestizos, pues a la subestimación económica se agrega la discriminación. La pobreza está generalizada, pero el sur es más pobre que el norte, el campo más que la ciudad, los indios más que los mestizos, las mujeres más que los hombres y los jóvenes más que los adultos. Y como la minusvalía es acumulativa, las mujeres jóvenes de condición indígena ocupan el sótano social.

En México, el grave porcentaje de indigentes es de casi 40%, pero en las entidades del sureste rural e indígena es un abrumador 66%. Pobreza del bolsillo pero también de herramientas espirituales, pues en los estados mexicanos comprendidos en el PPP el analfabetismo es de 17%, un 10% por arriba del país en su conjunto, mientras que en Guatemala los que no saben leer ni escribir representan el 45% de la población, en Nicaragua son el 33%, en El Salvador 25%.

La gran marcha al Norte dramatiza esta situación, pues México y Centroamérica comparten la condición de expulsores de fuerza de trabajo y generan más de la mitad del total de migrantes indocumentados en EEUU. Así, de cada cien fuereños sin papeles, 70 son latinos y, de ellos, 40 son mexicanos, 10 salvadoreños, 4 guatemaltecos, 2 nicaragüenses y 2 hondureños. Allí sufren vejaciones todos por igual, pero también el curso latino de su éxodo es un infierno. El tratamiento que reciben en nuestro país los peregrinos sudacas documenta el verdadero talante de las autoridades mexicanas, más allá de los Acuerdos de Tuxtla y las

promesas del PPP. Con la diáspora en tránsito, el gobierno de México no actúa como hermano mayor de los centroamericanos, sino como cancerbero de los estadounidenses. Malos modos aparte, en 1995 deportó a 105,932, en 1996 a 110,484, en 1997 a 86,973, en 1998 a 118,786, en 1999 a 131,486, en 2000 a 168,755 y en los primeros meses del 2000 la migra morena envió de regreso a casi 30,000. La mayoría de los indocumentados interceptados aquí son guatemaltecos, seguidos por los hondureños y los de El Salvador.

Haciendo planes

Sin duda, a la región ya le anda por el desarrollo, y si el PPP hubiera de traerlo sería bienvenido. Por desgracia los planes gubernamentales para el Sur son una combinación de demagogia, contrainsurgencia y deseos de una nueva colonización puramente empresarial. La ideología que subyace en los proyectos se balconea desde su torpe denominación. La iniciativa que el presidente de México bautizó Puebla-Panamá, por ejemplo, debiera llamarse México-Panamá, o en todo caso Puebla-Darién, pues esta última es la provincia más sureña de Panamá; a menos que el señor Fox suponga que el estatus de los países Centroamericanos es el mismo que el de los estados de la República Mexicana. En cuanto a la porción mexicana del proyecto, la consigna que lo promueve no puede ser más reveladora. Proclamar la Marcha al Sur-Sureste, es sugerir que los guerrerenses y oaxaqueños se tiren al mar y los chiapanecos y tabasqueños se vayan a Guatemala, aunque más bien es un cínico llamado a que los norteños organicen la nueva colonización del trópico. Y la designación está norteada hasta en las latitudes, pues cuando el proyecto habla del Sureste obviamente busca incluir la península de Yucatán, pero resulta que los habitantes de Mérida son unos 150 kilómetros más norteños que los chilangos, y aunque le duela al presidente, el estado de Yucatán es tan Centro-Norte como el de Guanajuato.

Denominaciones y consignas aparte, las intenciones del PPP han comenzado a cobrar forma, sobre todo en lo tocante a su porción mexicana. Florencio Salazar, guerrerense que militó

en el PRI hasta hace un par de años y que se traspasó al PAN cuando este partido iba de gane, es el responsable del PSS y, en entrevista publicada el 16 de Abril de 2001, ventanea los motivos del proyecto: "...no podemos tener una región tan atrasada que tarde o temprano represente un amago serio a la integración nacional... Quien esta ...abandonado, no tiene porque sentir una adhesión al país... No debe haber motivo alguno para que alguien no se sienta suficientemente mexicano".

Es decir, que los del "verdadero" México, que es el del centro y el norte, temen que los del llamado sur-sureste no tengan "adhesión al país", les preocupa que el suriano "no se sienta suficientemente mexicano". Sin duda, el regionalismo discriminador de raigambre panista es contagioso, pues en boca de un guerrerense los norteños, que ya secuestraron a la nación, ahora le tienden un lazo a los sudacas, no sea que se les ocurra "algún amago serio a la integración nacional". Cómo pensar que son los pobres del Sur quienes ponen en riesgo a la mexicanidad, cuando dos de nuestros últimos presidentes, el uno con posgrado en Harvard y el otro en Yale, pasaron sin conflicto de interés de conducir los destinos de la nación a conducir los destinos de corporacio-

nes estadounidenses como Dow Jones & Company Inc., Salinas, y Procter and Gamble y Union Pacific, Zedillo. Así, si hubiera que preocuparse por falta de "adhesión", y porque alguno "no se sienta suficientemente mexicano", sería debido al comportamiento de los sectores más transnacionalizados de nuestra anglófona Iniciativa Privada y tecnócratas que la acompañan.

El otro prejuicio subyacente en el PPP y el PSS, es el de ver en la convención geográfica que nos divide en una porción norteña y una sureña, la expresión de un dualismo socioeconómico y hasta civilizatorio que fractura a la nación entre los ganadores de arriba y los perdedores de abajo. Así, en la ceremonia de presentación del gabinete de Vicente Fox, Florencio Salazar dijo: "Una simple mirada de lo que somos, evidencia dos méxicos: el que mira, y participa, de Estados Unidos, y el que está atado a su atraso, junto con nuestros vecinos del sur".

Para debatir en serio estos planes hay que empezar por definir el perfil de la nación. En un sentido profundo, no puramente geográfico, México —todo México— es Sur, y culturalmente su identidad gravita sobre la porción



FOTO: MARCO A. CORTÉS OLIVOS

equinoccial del territorio. La articulación nacional, que buena falta nos hace, no puede consistir, como el viejo indigenismo, en una pretendida integración del Sur demorado y marginal, a la presunta modernidad norteña y tampoco a la inversa, claro. Necesitamos una integración nacional en la que de verdad quepamos todos; una integración de las clases, los géneros, las etnias, las regiones y los sectores en plano de igualdad; una integración económica, pero también social y cultural; una integración que respete y promueva la diversidad virtuosa. Y con base en esta integración habremos de profundizar nuestra inserción en el mundo. Sin olvidar que nuestras iniciativas globalizadoras estratégicas debieran privilegiar el Sur sobre el Norte; promover alianzas y acuerdos con nuestros semejantes, en vistas a fortalecer la posición sureña en el asimétrico y norteado concierto de las naciones.

Que no se entienda mal: no quiero decir con esto que debamos renunciar a los acuerdos con países y bloques más desarrollados, o cancelar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el acuerdo comercial con la Unión Europea. Afirmo, sí, que en los convenios debemos asumir nuestra condición sureña y negociar el reconocimiento de las asimetrías. No hacerlo condujo a que el TLCAN fuera profundamente injusto, al no prever tratamientos, recursos y acciones destinados a reducir la disparidad, promoviendo el desarrollo del socio más débil. Fondos y mecanismos compensatorios que sí fueron contemplados, por ejemplo, en la conformación de la Unión Europea. Y el mismo sesgo de injusticia, por no reconocer las desigualdades, tiene el tratado de libre comercio entre México y el llamado *triángulo del norte* (Guatemala, El Salvador y Honduras), donde los negociadores mexicanos se cobraron las humillaciones del TLCAM comportándose como representantes de una *gran potencia norteña* frente a los *hermanos* centroamericanos. Pero el problema de fondo es que los tratados comerciales —todos— no son más que las patentes de corso que demanda el gran capital, cartas magnas supranacionales repletas de garantías para los inversionistas pero omisas en cuanto a los derechos laborales, migratorios y ambientales. Sólo la presión desde abajo puede incorporar la agenda social en los tratados mercantiles, y mientras esto no suceda, los programas nacionales o multinacionales que se

encuadran dentro de los convenios, serán simples subastas de nuestros recursos humanos y naturales, llamados a una nueva colonización, tan salvaje como las anteriores.

Más allá de la visión norteña, en el fondo contrainsurgente, que justifica el PSS por los riesgos sociales y políticos que representa la pobreza, otra parte del discurso, la más lucidora, maneja el desarrollo del Sur como combate a la marginación e impulso a la equidad, a partir de las potencialidades locales y los proyectos de sus actores. Lamentablemente, esto son únicamente palabras, la vertiente dura del proyecto consiste en venderle la región al capital transnacional, propiciando la transacción mediante facilidades normativas, exenciones fiscales y dotación de infraestructura financiada con recursos públicos, “estímulos” que le permitan al gran dinero potenciar las ventajas comparativas de la zona, entendidas como recursos excepcionales y privatizables, fuente de cuantiosas rentas. En concreto, se trata de promover maquiladoras, plantaciones especializadas y tecnificadas, megaproyectos turísticos y servicios al comercio, como el corredor transistmico de Tehuantepec.

Pudiera pensarse que la llegada de inversiones y el impulso al desarrollo social, son caras de una misma moneda. La realidad es que incorporar el Sur a la globalización desmecatada y combatir la pobreza y la marginación, son proyectos distintos, posiblemente contrapuestos. Y no lo digo yo, o algún otro globalifóbico, lo dice Santiago Levy, actual director del Instituto Mexicano del Seguro Social, y uno de los cerebros de las reformas neoliberales de los noventa, quien en el estudio *El sur también existe: un ensayo sobre desarrollo regional de México*, afirma categóricamente que “...el diseño de políticas públicas para el sureste debe separar los objetivos de combate a la pobreza de los de desarrollo regional”.

Lo que subyace en el aserto es el debate en torno a la relación entre las políticas de impulso al crecimiento económico y las que promueven el bienestar social, discusión de fondo donde se confrontan dos modelos antagónicos de desarrollo. La pertinencia de traer a colación esta polémica, proviene no sólo de que el adalid de la separación de intenciones socia-

les y objetivos económicos es autor de una propuesta sobre el desarrollo de Chiapas y el sureste, y uno de los miembros destacados del antiguo régimen que fueron recuperados por el *presidente del cambio*, sino también de que los argumentos con que el actual gobierno sustentó ante los legisladores la solicitud presupuestal para el PSS, son curiosamente parecidos a los del mencionado ensayo. Y por si fuera poco, resulta que Levy era el Subsecretario de Egresos saliente cuando esta solicitud fue elaborada por el Equipo de Transición.

Así, en la *Exposición de motivos del Proyecto de presupuesto de egresos de la Federación para el año fiscal 2001*, se lee:

Para asegurar que los frutos de la globalización lleguen a todos los rincones de México, la presente administración ha diseñado un programa estratégico de largo alcance que tiene como objetivo promover el cambio estructural en los estados del Sur-sureste. Dicho programa está enmarcado en un plan de mayor envergadura cuyo objetivo es eliminar los obstáculos que han inhibido su potencial productivo, y con ello impulsar su desarrollo y favorecer su integración con los mercados nacionales e internacionales, no sólo con América del norte sino también con los países Centroamericanos. Lo anterior permitirá a la región aprovechar las oportunidades que ofrecen los tratados internacionales, que en materia de comercio e inversión, han sido negociados recientemente (cursivas nuestras)

Por su parte Levy escribe:

El diagnóstico presentado... sugiere... que las políticas públicas han reprimido el desarrollo productivo del sureste al anular, en gran medida, sus ventajas comparativas. Por ello, argumentamos que existe un amplio espacio para diseñar una política que libere el potencial productivo de la región (cursivas nuestras)

Las dos formulaciones comparten la idea de que el potencial productivo del sureste ha sido *inhibido* o *reprimido* y que hay que *liberar* o *eliminar los obstáculos* que han ocasionado el bloqueo. Levy es explícito en la enumeración de dichos obstáculos:

Exclusividad del Estado en actividades estratégicas, particularmente en electricidad, gas y petroquímica... el régimen de derechos de propiedad sobre los hidrocarburos y el agua también han afectado al sureste... región... muy bien dotada de petróleo y gas natural (Chiapas, Campeche Tabasco) y cursos de agua... (Chiapas) ... la larga duración del reparto agrario representó un desincentivo al desarrollo agrícola en nuestro país... en especial en el sureste... restricciones derivadas del Artículo 27 constitucional vigentes hasta 1994 a poseer o arrendar grandes extensiones de tierras... fueron especialmente distorsionantes en el sureste, región que tiene condiciones adecuadas para productos cuyo cultivo más eficiente se da en el contexto de una agricultura de plantación; es decir una agricultura caracterizada por amplias extensiones donde se cultiva, en forma tecnificada, un único producto de tipo perenne ...: café, plátano, azúcar, palma africana y productos maderables, entre otros... Agricultura de plantación ... (que)... se desarrolla mejor por parte de agentes económicos dotados de amplios recursos financieros...

Más claro imposible. Si la propiedad de la nación sobre la tierra, el agua y los recursos del subsuelo, así como la exclusividad del Estado en la extracción del petróleo, la petroquímica básica y la distribución y comercialización de electricidad, son, junto con la prolongada reforma agraria y la economía parcelaria, los causantes del atraso de la región. Si —como escribe Levy— “... las políticas públicas han reprimido el desarrollo productivo del sureste al anular, en gran medida, sus ventajas comparativas...”, el remedio está en eliminar los estorbos constitucionales restantes, construir por cuenta del erario público la infraestructura necesaria y limpiarse bien las uñas para servirle la mesa al exigente capital.

En esencia, se trata de venderle el sureste al gran dinero, con argumentos muy parecidos a los que ya se usaron en otros tiempos. En un folleto en inglés destinado a potenciales inversionistas leemos:

México Agrícola

...maravillosas posibilidades para los agricultores americanos y europeos en la república mexicana.



FOTO: MARCO A. CORTÉS OLIVOS

México atractivo para el capital

Más de dos mil millones de dólares en recursos foráneos, muestran que el gobierno es considerado estable, las leyes justas y las oportunidades inigualables... En muchos grandes negocios, los capitales norteamericanos, ingleses y alemanes trabajan codo con codo... y el capital mexicano se entrevera libremente... Esta labor de transformación se extiende a lo largo y a lo ancho de la tierra de los aztecas... Lo que está sucediendo en México gracias... a las in-

versiones foráneas es poco menos que un milagro...

El fascículo, titulado *Agricultural Mexico*, se publicó en 1909, y era parte de la campaña con que el gobierno de Porfirio Díaz promovía la colonización del sureste por compañías transnacionales, ofreciendo libre acceso a la tierra, exención de impuestos, nuevas vías de comunicación y estabilidad social. La campaña tuvo éxito y los trópicos se llenaron de plantaciones y monterías agroexportadoras norteamericanas, inglesas, alemanas, francesas, holandesas, es-

pañolas, belgas... que en ocasiones tenían como socios menores a empresarios y finqueros locales. En términos de crecimiento económico, se lograron los objetivos, y si en 1878 las dos terceras partes de las exportaciones mexicanas eran metales preciosos, para 1910 el oro y la plata constituían únicamente el 46% de lo exportado y el 40% del total estaba formado por materias primas como el henequén, el hule, el café, además de metales industriales, petróleo, etc. Lamentablemente, pese al milagro porfirista, ese mismo año estalló la revolución. Y es que la modernidad, entendida como captura de inversiones extranjeras, expansión económica e inserción en el mercado mundial, iba acompañada del saqueo irresponsable de los recursos naturales y de la profundización de las injusticias sociales. El moderno México agroexportador era también el México bárbaro.

Algunos piensan que el PPP es una amenaza y otros creen que al mismo tiempo es una oportunidad. En todo caso, si no queremos que el ciclo de la colonización salvaje se repita, debemos asumir que la inversión es necesaria para el desarrollo pero no suficiente, y que atraer capital a como de lugar, solapando su proclividad depredadora de hombres y recursos naturales, no genera bienestar social sino todo lo contrario. Pero los nuevos promotores de la modernidad no sólo no aprenden de la historia, ahora tratan de sustentar la política de captar ahorro externo a toda costa, con la peregrina teoría de que una cosa es desarrollo económico y otra muy diferente desarrollo social.

Así, Santiago Levy sostiene que respecto de la problemática del sureste hay “dos puntos de vista”, el que enfoca “sus condiciones de pobreza y marginación” y el que considera la “producción”, y que entre ellos la conexión “dista de ser total”, porque si en una región no hay actividades que generen ingreso, la gente se va y con ella emigra la pobreza; por otra parte, generar “polos de desarrollo” en una zona marginada, atrae trabajadores calificados de todo el país, pero no emplea satisfactoriamente a los locales. Entonces, dado que “la creación de un polo de desarrollo en una región atrasada no resuelve necesariamente sus problemas de pobreza...”, el diseño de políticas públicas para el sureste debe separar los objetivos de combate a la pobreza de los de desarrollo regional, debido a que los instrumentos

a utilizar en cada caso no son los mismos, al menos en el corto plazo”. Más adelante, reitera: “...impulsar el desarrollo de Chiapas y del Sureste en general, debe separar los objetivos de combate a la pobreza de los del desarrollo regional...”, y explica: “Para combatir la pobreza se cuenta con los instrumentos de política social... (en cambio el)... diagnóstico presentado... sugiere... que las políticas públicas han reprimido el desarrollo productivo del sureste al anular, en gran medida, sus ventajas comparativas. Por ello, argumentamos que existe un amplio espacio para diseñar una política que libere el potencial productivo de la región”.

Las “inversiones en capital humano” —que en realidad son gasto asistencial focalizado e individualista, como el Progreso del que Levy es inspirador— son los “instrumentos de política social” con que ya “se cuenta”; de modo que ahora lo que falta es promover la inversión desmecatada de capital, sin inútiles y molestas consideraciones societarias.

A esta posición, se contraponen los planeamientos del senador del PRI, Carlos Rojas, quien, en la Exposición de motivos de su *Iniciativa del Sur*, enfocada a Chiapas, Oaxaca y Guerrero, argumenta: “México sigue siendo... ejemplo... de la incapacidad para articular plenamente la política económica y el desarrollo social.”, y más adelante dice que “se requiere de una estrategia en la que el desarrollo regional sea concebido como un proceso complejo, en contraste con otros enfoques que centran sus acciones en aspectos únicos como la infraestructura o la sola asistencia social”. La confrontación de Rojas y Levy es sintomática, pues el primero estuvo encargado de la política social en los últimos años del gobierno de Salinas y los primeros del de Zedillo, mientras que el segundo fue el responsable zedillista de autorizar el gasto, entre otros el social, desde la Subsecretaría de Egresos de Hacienda. Cuadros destacados del viejo régimen, Rojas y Levy representan las dos tendencias que coexistieron en los últimos años del sistema de partido de Estado: el clientelismo social y la conversión neoliberal de la economía. Conceptualmente, Rojas tiene razón cuando propone la integralidad del desarrollo regional y cuestiona los enfoques que separan la promoción de la producción mediante infraestructura, del gasto social asistencialista. El problema es que el

hoy senador sigue identificado con la visión clientelar de las políticas públicas, es principal responsable de la incorporación del tristemente famoso Apartado B del Artículo 2 constitucional de la Ley indígena pergeñada por el Senado, que busca cambiar los derechos escamoteados a los pueblos originarios por obligaciones asistenciales del Estado, y recientemente ha defendido la continuidad en Chiapas del *Programa Cañadas*, del que fue autor, cuando las organizaciones sociales de la zona y el propio gobierno estatal, cuestionan su carácter contrainsurgente y efectos divisionistas. En cuanto a Levy, resulta sintomático que, siendo preclaro representante de la globalifílica “generación del cambio” —y por tanto de las “alimañas, víboras prietas y tepocatas” responsables, según Fox, del desastre social de las últimas dos décadas—, haya sido recuperado por el gobierno entrante, no sólo como director del IMSS, sino como ideólogo de la nueva colonización del sureste. Así, Santiago Levy resulta un brillante tecnócrata de carrera, capaz de servir con prestancia a gobiernos de distinto signo político, con tal de que mantengan las mismas premisas económicas neoliberales.

El documento, difundido en marzo de 2001, con que el PPP hace su presentación formal, es un claro ejemplo de doble discurso. En el llamado *Documento Base* —texto inconsistente y desbalagado como pocos— coexisten dos planteos: el desarrollo social paternalista y clientelar, sustentado en programas de servicios y asistencia, y la colonización salvaje con capital trasnacional, propiciada por el Estado mediante garantías, infraestructura y facilidades. El primero se origina en la vertiente populista y pronasolera del viejo régimen, retomada por el foxismo mediante Florencio Salazar, y por el PAN con la alianza de los senadores Carlos Rojas y Diego Fernández en torno a la ley indígena. El segundo, proviene también del viejo régimen, pero de la tecnocracia neoliberal, recuperada por el foxismo a través del secretario de Hacienda Francisco Gil y del director del IMSS Santiago Levy.

Hemos dicho ya que el núcleo duro de la propuesta es la nueva colonización, pero esto no significa que la faceta de desarrollo contrainsurgente y control social sea una simple cortina de humo. Florencio Salazar ha dicho que “si no queremos amagos a la paz so-

cial, si no queremos que se multipliquen los grupos subversivos... démosle opción a la gente. Quien no tiene nada en el estómago, tiene muy caliente la cabeza”. Y el *Documento Base* del PPP identifica como *debilidades* de la zona: “Inversión extranjera directa discontinua y con un horizonte de corto plazo, por la percepción de un alto riesgo-región, tanto físico como político”, y como *amenazas*: “Desigualdad creciente entre pobres y ricos..., con el consecuente incremento de tensión social”. Y puesto, que el capital exige garantías, es indispensable una política social de contrainsurgencia y control, que permita manejar la “tensión social” y reduzca el “riesgo” político.

Sin embargo, la apuesta fuerte del PPP es el crecimiento económico extrovertido, con gasto social de contención, y para la expansión confía en el capital y, en particular, en el capital extranjero. Así, el mencionado documento está lleno de promesas al gran dinero: “construcción de parques industriales” e “infraestructura productiva” por cuenta del gasto público, “incentivos fiscales”, “deductibilidad inmediata de las nuevas inversiones”, “simplificación de trámites”, “desregulación federal” y, en general, disposición a “eliminar obstáculos regulatorios”, “seguridad, estabilidad y certidumbre jurídica”, etc., porque el ahorro externo está muy peleado, y es sabido que lo único más asustadizo que un dólar son dos dólares. En cambio, prácticamente no hay una sola referencia al mercado nacional y, fuera de los cuadros estadísticos y una mención en la página 28, no se habla del sector social integrado por pequeños y medianos cultivadores; multitudinario contingente que, en cuanto a producción, es decisivo en granos básicos pero también en siembras comerciales como café, caña, cacao, copra y cítricos. Es en estos énfasis y en estas omisiones donde el documento muestra el cobre.

Ni el gasto público, social y en infraestructura, ni los proyectos con dineros de la banca multilateral, ni las inversiones privadas, son por principio indeseables. Al contrario, los recursos destinados a los servicios sociales, incluyendo subsidios a la extrema pobreza, deben incrementarse significativamente, pero siempre vinculados con políticas de fomento al sector social de la producción, tanto familiar como asociativo. Y es este sector el que necesita “incentivos”, “eliminación de obstáculos”, “segu-

ridad, estabilidad y certidumbre” en lo tocante a políticas públicas, etc., pues la suya es una producción socialmente necesaria, tanto en términos de autosuficiencia alimentaria como de generación de empleo y por tanto de soberanía laboral. Es también un sector con experiencias exitosas y propuestas viables: tecnologías sustentables, proyectos integrales de desarrollo, formas de organización económica solidarias y más o menos equitativas. En cuanto a los recursos para el desarrollo provenientes de la banca multilateral, para que fueran virtuosos bastaría con que su normatividad social y ambiental se tomara realmente en cuenta y que los proyectos se diseñaran con participación social informada y se ejecutaran con transparencia lo que sucede. En lo tocante al gran capital y a las trasnacionales es más complicado, por su actitud prepotente y lógica depredadora y porque sus exigencias de libertad total y garantías plenas se han transformado en ley suprema plasmada en los tratados comerciales. Afortunadamente, cada vez es más amplio el consenso en torno a la necesidad de meter en cintura a la banca multilateral y domar al gran dinero.

Menos riguroso que Levy, el responsable del PSS, Florencio Salazar, insiste en que atraer inversiones es, sin más, sinónimo de bienestar social. Además del trabajo en la industria de la construcción, de carácter transitorio y asociado a la realización de infraestructura de transporte carretero, riego y servicios industriales, Salazar destaca la creación de empleo en dos rubros: maquiladoras y agricultura. El Presupuesto de egresos para 2001 habla de que en este año se crearán “treinta y siete mil empleos bien remunerados” en las maquiladoras, cifra de por sí poco realista en tiempos de desaceleración de la economía estadounidense y cuando la tasa de crecimiento de la industria del montaje disminuye a la mitad, pero que el responsable ya elevó a cincuenta mil en declaraciones del 24 de abril. Metas aparte, aun admitiendo que, como dijo Salazar, las maquiladoras “no son el diablo que se nos mete”, lo dudoso es que se trate de “empleos bien remunerados”, pues las 337 empresas de ese tipo que ya existen en la región —el 10.3% del total nacional— pagan sueldos 30% menores a los de sus semejantes del centro y 40% más bajos que las plantas fronterizas. Pero la promesa más discutible del PSS es la creación de empleos

agropecuarios, pues “...arrendar grandes extensiones de tierras... para establecer una agricultura de plantación... donde se cultiva, en forma tecnificada, un único producto de tipo perenne... por parte de agentes económicos dotados de amplios recursos financieros” (Levy), quizá permita explotar las “ventajas comparativas” de la región, “reprimidas” por las viejas “políticas públicas”, pero difícilmente generará más y mejor empleo agrícola que el actual, sobre todo si tomamos en cuenta que las nuevas plantaciones deberán sustituir a las pequeñas, diversificadas y presuntamente ineficientes parcelas campesinas.

Algunos dicen que el plan con maña de los megaproyectos del Sur es frenar el éxodo a Estados Unidos, mediante corredores transversales sustentados en vías interoceánicas de comunicación y plagados de servicios comerciales y maquiladoras. De ser así, debo reconocer que por fin coincido en algo con esas intenciones. Porque, efectivamente, hay que detener las compulsiones migratorias de los surianos, afán que desgarrar tanto familias como culturas y amenaza con vaciar nuestros países. Los viajes ilustran, pero no cuando son el peregrinar de la miseria o la ilusionada desesperanza. De modo que, en efecto, los mesoamericanos deben ser retenidos en sus lugares de origen, pero que se queden por estos rumbos —y viajen a *gabacho* sólo de vacaciones o a visitar a la familia— no tiene porque resultar de su intercepción por los corredores maquileros al uso: infiernos sociales cuyas ventajas comparativas son, además de la infraestructura y buenas comunicaciones, los laxos y soslayables controles ambientales y las luídas y transgredibles regulaciones laborales. Parar la migración económica compulsiva es restaurar la esperanza en un futuro regional habitable. Y en este futuro habrá producción agrícola, agroindustria y servicios, como habrá industria, incluyendo maquiladoras, lo que no puede haber son condiciones laborales dignas de la Inglaterra del siglo XIX, saqueo de los recursos naturales como en tiempos de las Compañías de Coloniales de Ultramar y trabajo agrícola forzado como el de las plantaciones y monterías del porfiriato.

Si atraer inversión a costa del ecocidio y la ignominia social es inadmisibles, también lo es el rechazo por principio a la expansión del capital realmente existente, cuando éste

genera las únicas fuentes de trabajo disponibles para muchos mexicanos. Proponer una política de soberanía laboral que nos permita retener a los migrantes con opciones dignas, no significa descalificar la migración ni satanizar sus destinos de trabajo; de la misma manera, reivindicar los buenos salarios y las cadenas productivas integradas que nos reportarían un mercado interno dinámico, en vez de una economía donde sólo crece el sector exportador, no significa exorcizar la industria del montaje, y menos cuando es casi la única que está generando empleos adicionales. En la última década del siglo XX, nuestra economía creció en promedio al 3% anual, mientras que las exportaciones lo hacían al 15, lo que significa que el sector de mercado externo, en particular la maquila, ha generado las únicas opciones de ingreso disponibles para los nuevos buscadores de empleo, cuyo número ha crecido más que la población y más que la economía. Triste consuelo, porque a la larga el modelo maquilador es inviable, y México está abiertamente en ese camino: poco más de la mitad de nuestras exportaciones son maquila con un casi nulo componente de insumos mexicanos —entre el 2 y el 3%—, lo que provoca incremento del déficit comercial, desarticulación del aparato productivo y dependencia total y directa respecto de la economía estadounidense, pues cuando ellos bordean la depresión, las maquiladoras y nosotros nos hundimos en el desempleo.

Los campos de concentración maquilera son un purgatorio, pero sin ellos estaríamos en el infierno del desempleo galopante. La situación laboral es ciertamente insostenible y se impone el viraje hacia un desarrollo más equilibrado y equitativo. Pero, entre tanto, el éxodo económico y la industria del montaje intensiva en mano de obra, seguirán siendo destino irrenunciable para numerosos mexicanos y mexicanas de a pie. Sin duda, hay que denunciar la migración criminalizada y el régimen carcelario en las fábricas, pero también hay que luchar para que se humanicen estos trances, que para muchos son forzados, porque revolución ya no mata reforma, y mientras son peras o son manzanas, el añejo modelo económico se aferra y las maquileras derrengadas y los indocumentados muertos siguen ahí.

No se trata, pues, de rechazar por principio las inversiones. El problema está en reducirlo todo a la creación de “polos de desarrollo”, donde quizá se aprovechen las “ventajas comparativas” en términos de recursos locales, pero que difícilmente responderán a los requerimientos sociales de la región, de modo que la mayor parte de la gente seguirá siendo pobre, marginada y migrante. Y lo será aún más si, con tal de no “reprimir” el “potencial productivo”, se propicia la concentración de la tierra vía venta o renta, y las grandes plantaciones celulósicas, huleras, de palma africana o de otro tipo, arrasan con lo que resta de la economía campesina. Estos “polos de desarrollo” serán, entonces, auténticas economías de enclave, arrimadas sin duda al mercado mundial pero de espaldas a la sociedad local. Tiene razón Levy, siguiendo este modelo, con el desarrollo económico del sureste no remite la pobreza social del sureste, al contrario, la aumenta.

¿Qué hacer entonces? ¿tratar de compensar el daño con gasto social asistencialista y focalizado, que al formar “capital humano”, en el largo plazo les permita a los locales sobrevivientes aprovechar las “oportunidades” del crecimiento? ¿oponerse a todo desarrollo económico pues resulta intrínsecamente maligno? Pienso que la salida está en repensar la economía y su estatuto, para que, escapando de la presunta dictadura del mercado, podamos hacer del fomento productivo no un fin en sí mismo, sino una palanca del desarrollo social. Y para esto no hace falta negar de manera voluntarista las “ventajas comparativas”. Las “señales del mercado” son, sin duda, condicionantes de toda política de fomento que se respete, premisas duras de cualquier estrategia de desarrollo, pero los valores y objetivos del proyecto deberán ser de carácter social. La función del Estado no es ser el crupier que sirve cartas marcadas a los tahúres del gran dinero y la política económica no está para hacerle los mandados al mercado. Necesitamos una economía del sujeto y no del objeto, una economía que se ocupe de necesidades y potencialidades humanas y no sólo de mercancías: una economía moral. Esta economía ya existe, no en los megaproyectos gubernamentales, pero sí en la lógica de la producción doméstica rural, en la vida comunitaria, en las prácticas de algunas organizaciones campesinas.